

Sobre el espacio y la post-modernidad.

Una reflexión desde la experiencia norteamericana

Joaquín CASARIEGO RAMÍREZ

Dr. Arquitecto y Profesor Titular de Universidad en el Área de Urbanística y Ordenación del Territorio. Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.

RESUMEN: El artículo trata de hacer una aproximación al espacio contemporáneo a través su contextualización en lo que se ha dado en llamar la cultura post-moderna o si se quiere tardo-moderna. Para ello y basándose en análisis realizados a partir básicamente de la experiencia norteamericana, se intenta, en primer lugar, exponer aquellos tópicos que pretenden definirla como tal a través de los puentes que se pueden establecer entre ciertos posicionamientos provenientes del campo de la filosofía y algunos fenómenos observados en la economía, el arte y la cultura en general. El comportamiento del espacio y en particular del espacio urbano, intentará ser comprendido como una variable no independiente de este contexto general mostrando sus características esenciales a través de la interpretación de algunos trabajos recientes realizados sobre la metrópoli contemporánea.

La idea de que a partir de la crisis de los setenta, nuevas formas de comportamiento social, que se traducen en las relaciones económicas, en la acción política, en la cultura, etc., surgen como resultado de un cambio más profundo que afecta a los principios básicos de lo que se ha denominado el «modernismo», es algo gradualmente aceptado por ciertos sectores del mundo del pensamiento más actual. Aunque dicho fenómeno no suele considerarse como un cambio fundamental de modelo (modelo económico, político,...), sino como una especificidad tardía del mismo, si se suele coincidir en lo significativo del cambio, lo que ha hecho que muchos analistas hayan preferido englobar el período con el término

«post-modernismo», como se ha hecho en el campo más concreto del pensamiento (post-estructuralismo), o como se ha hecho también en el de la economía (post-industrialismo, o con una interpretación más específicamente norteamericana, post-fordismo).

Los rasgos generales de dicho fenómeno, en su vertiente espacial, y en concreto en la ciudad, es lo que pretende este artículo, a sabiendas de que la escasa perspectiva temporal y la limitación física de este texto, permita sólo una aproximación muy somera, genérica y, digámoslo así, comprimida. Parecería conveniente, sin embargo, antes de exponer este argumento central, situarnos respecto al contexto general que define ese cambio, y mostrar alguno de los tópicos que lo caracterizan.

I. EL CONTEXTO GENERAL

Las interpretaciones de esta última fase de lo que es considerado como «post-moderno»,

Recibido: 25-04-95. Revisado: 28-09-95.

El presente trabajo fue iniciado por el autor en la Graduate School of Design, Harvard University (Cambridge, Mass.) gracias a la concesión de una plaza de Visiting Scholar para el curso 1994-1995, un año sabático de la Universidad de Las Palmas, y una ayuda del Gobierno de Canarias.

tenderían más a identificarse con términos como heterogeneidad y diferencia, como fragmentación e indeterminación, en contraste con la fase anterior, más estrictamente «moderna», donde prevalecería una visión del mundo más percibida como positivista, tecnocéntrica y racionalista, una concepción lineal del progreso, y la creencia en el planeamiento racional del orden social, en las verdades absolutas y en la estandarización del conocimiento y de la producción (SARUP, 1993).

Concretamente en el campo del pensamiento filosófico, este nuevo posicionamiento estaría más en consonancia con los autores que surgieron de la crisis de finales de los sesenta, herederos de una visión más nietzscheniana del mundo, alineados con planteamientos más «asistémicos» y rechazando esa visión más hegeliana de la «historia» y del «progreso». Autores que se situarán en una posición altamente crítica con el conformismo creciente de esos días y que se autodefinirán como partidarios de lo subjetivo y del «individuo antipolítico» (LETICHE, 1994)

Una cita obligada sería entonces la de MICHEL FOUCAULT (1973) y su visión crítica de aquella «historia» que tiende a entenderse como una sucesión encadenada de acontecimientos objetivos. «Genealogía» (como el autor prefiere decir), es historia escrita de acuerdo con un compromiso con asuntos del presente, y como tal interviene en el momento presente (...) es «historia efectiva» escrita desde una visión actual».

En la misma línea que Nietzsche planteara que en la historia no existe un área o problema intrínsecamente importante, sino áreas de interés material, Foucault afirmará que «el historiador está siempre ocupado en lo que es de interés en el presente momento, en una conyuntura dada». «El pasado, toma un nuevo significado a la luz de los nuevos eventos. Ello excluye la posibilidad de que se proponga una simple relación de causalidad entre pasado y presente. El peligro del historicismo disminuye cuando se constata que ninguna época pasada puede ser entendida en sus propios términos, dado que la historia es, de alguna manera, siempre una historia del presente».

Así, también podríamos hablar del término «diferencia», desarrollado por JACQUES DERRIDA

(1976). «Diferencia no es una identidad; ni es la diferencia entre dos identidades», dirá Derrida. «Diferencia es diferencia diferida (-différer- en francés "diferenciar" y "diferir")». «Différance» nos alerta respecto a una serie de términos prominentes dados, cuya estructura es inexorablemente doble: pharmakon (ambos veneno y antídoto); supplement (ambos que sobra y que necesita añadirse); hymen (ambos dentro y fuera). La obra de Derrida, así, tendería a generar efectos, tendería a «...despejar el terreno filosófico para que pueda continuar siendo el lugar de la creatividad y de la invención».

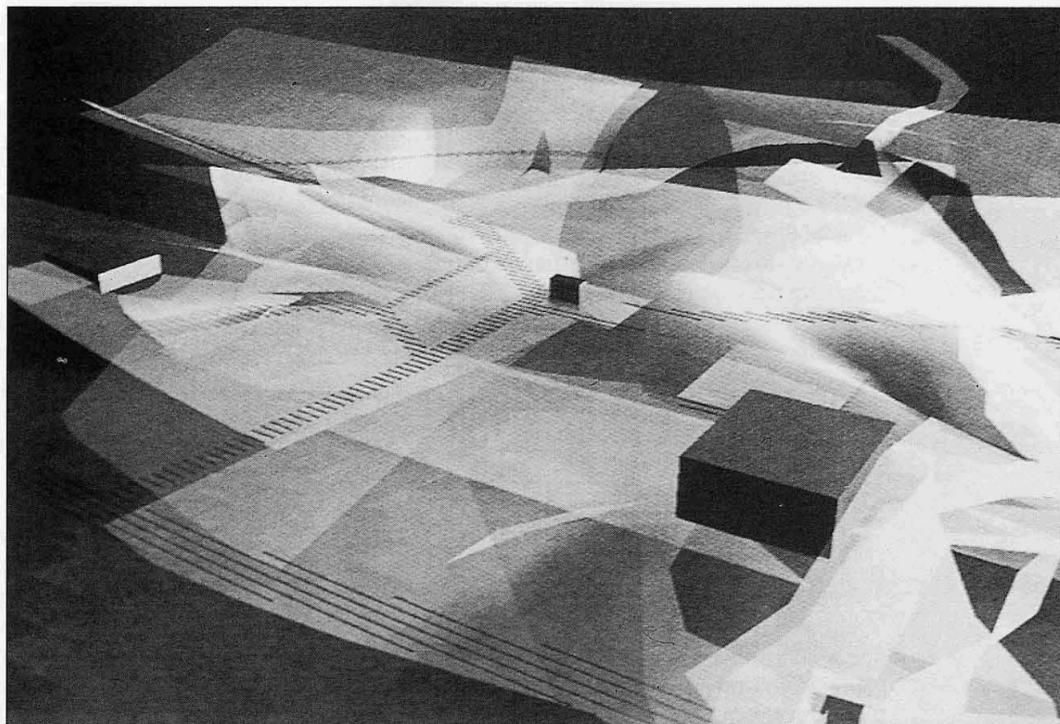
En esta misma dirección se situaría también el concepto de «horizontalidad» que subyace a todo el pensamiento de GILLES DELEUZE (1983), en clara contraposición al sentido más vertical de la ideología hegeliana. «Esta horizontalidad radical, quizá paradójicamente, no se dirige a un orden de igualdad (todos en el mismo nivel) sino a la inestabilidad de las diferencias.

Horizontalidad radical, entonces, es el quasi-orden de la diferencia radical, donde las bases de la comparación llegan a ser problemáticas».

O el concepto de «azar», defendido por BATAILLE (1992). «El azar, en resumen, debería, en naturaleza, ser más subjetivo que objetivo. Además, la causalidad, y su compañera, la noción de determinación, ha sido asumida como base real de la explicación científica. El conocimiento ha hecho siempre del azar una excepción. Sólo desde que la mecánica cuántica emergió en 1920, ha sido esta visión superada».

Finalmente, los dos pensadores considerados más específicamente post-modernistas, Jean-Francois Lyotard y Jean Baudrillard, enfocarán sus trabajos sobre aquellos temas que han sido alineados como más específicamente propios de este posicionamiento ideológico: a) la creciente incredulidad hacia las metanarrativas, defendiendo que las explicaciones globales de conducta no son creíbles en un periodo de propositiva racionalidad; b) la tecnología, como un instrumento para la reproducción y no para la producción; y c) la división radical entre el sujeto y el objeto (LETICHE, 1994)

Como vemos, el, llamémoslo así, pensamiento post-estructuralista, supondrá



Trabajos sobre la horizontalidad. Ejercicio correspondiente al curso académico 92-93. Graduate School of Design. Harvard University.

un significativo cambio en relación con alguno de los paradigmas del «modernismo». Las nociones de estructura, verticalidad, sistematicidad, verdad, objetividad, jerarquía o racionalidad, tan propias del pensamiento que se hizo fuerte con el desarrollo y el crecimiento económico de posguerra, empezarán a ponerse en entredicho en paralelo a la crisis del sistema mismo, e irán siendo sustituidos por otros conceptos como horizontalidad, diferencia, flexibilidad, apariencia, subjetividad o discontinuidad. Y ésto no sólo en el campo del pensamiento filosófico, sino en general en cada una de las manifestaciones culturales.

Tal vez sea precisamente en la arquitectura y también en el planeamiento urbanístico donde este cambio puede haber sido más patente, o más evidente, pero intentaremos ver como este posicionamiento ideológico, va a impregnar otros ámbitos de la cultura, en concreto aquellos que están más en contacto con la sociedad y por tanto son percibidos, de hecho actúan, más directamente sobre ella.

Efectivamente, la crisis de credibilidad y por tanto de operatividad del planeamiento urbanístico fué en aumento a partir de la década de los setenta, y las ciudades gradualmente fueron optando por políticas urbanísticas más basadas en el proyecto urbano de pequeña y media escala o en la mejora de las infraestructuras y en los servicios urbanos, que en el «plan comprensivo» y programado a largo plazo, que por otro lado se volvía más concreto y abordable en términos prácticos. La idealización de la ciudad moderna y la proyectación de la metrópoli, que defendieran los arquitectos «modernos» e incluso, la ambición de los primeros grandes planes metropolitanos, irán perdiendo vigor en favor de otras operaciones más modestas, pero sobre todo, más realistas y seguras. Digamos que del plan único, vertical, sistémico y continuo, iremos pasando poco a poco a unos planes más horizontales, discontinuos, concretos y participados.

Los primeros síntomas de una crítica global a la ciudad y a la arquitectura moderna

fueron muy bien expresados, en el contexto norteamericano, por los escritos de JACOBS (1962) y SENNET (1971) que intentaban transmitir una impresión más generalizada de una arquitectura «deshumanizada» y «carente de significado», como resultado de las políticas urbanas llevadas a cabo en los años cincuenta y sesenta, y que a través de las denuncias de estos y de otros analistas urbanos obtendría en este país una gran resonancia. En Europa, el progresivo aniquilamiento de los centros históricos y la consolidación de una periferia cada vez más monótona, inconexa y desarticulada, disparará la crítica, sobre todo en Italia, Gran Bretaña y Francia.

La evolución, por otro lado, de la obra de arquitectos como Aldo Rossi, James Sterling, en Europa, o Robert Venturi, en Estados Unidos, revelará muy claramente la influencia progresiva en el campo de la arquitectura de aquellos nuevos postulados y el lenguaje y el diseño arquitectónicos se irán adaptando a una visión menos tipificada y más controvertida del espacio. Los grandes tópicos de la arquitectura moderna, por ejemplo, las relaciones forma-función y la pureza estilística, por un lado, o el problema de la vivienda y la estandarización de la producción, por otro, irán siendo sustituidos por una preocupación mayor por el «significado» de la arquitectura, donde lo «contradictorio» de la realidad construida (a lo largo de todas las épocas) comenzará a ser utilizado como un valor espacial y, por tanto, como un recurso proyectual. Temas como la recuperación de lo local, de lo formal (la forma de los edificios, los «tipos») y de lo ornamental, entrarán a formar parte del repertorio analítico y propositivo de las obras de estos y de otros arquitectos de aquella generación.

Una versión más actualizada de esta nueva mentalidad en relación con la arquitectura y otras manifestaciones culturales, el llamado «deconstructivismo» (1), reflejará más directamente los contenidos de algunas de las posiciones ideológicas de los llamados «nuevos

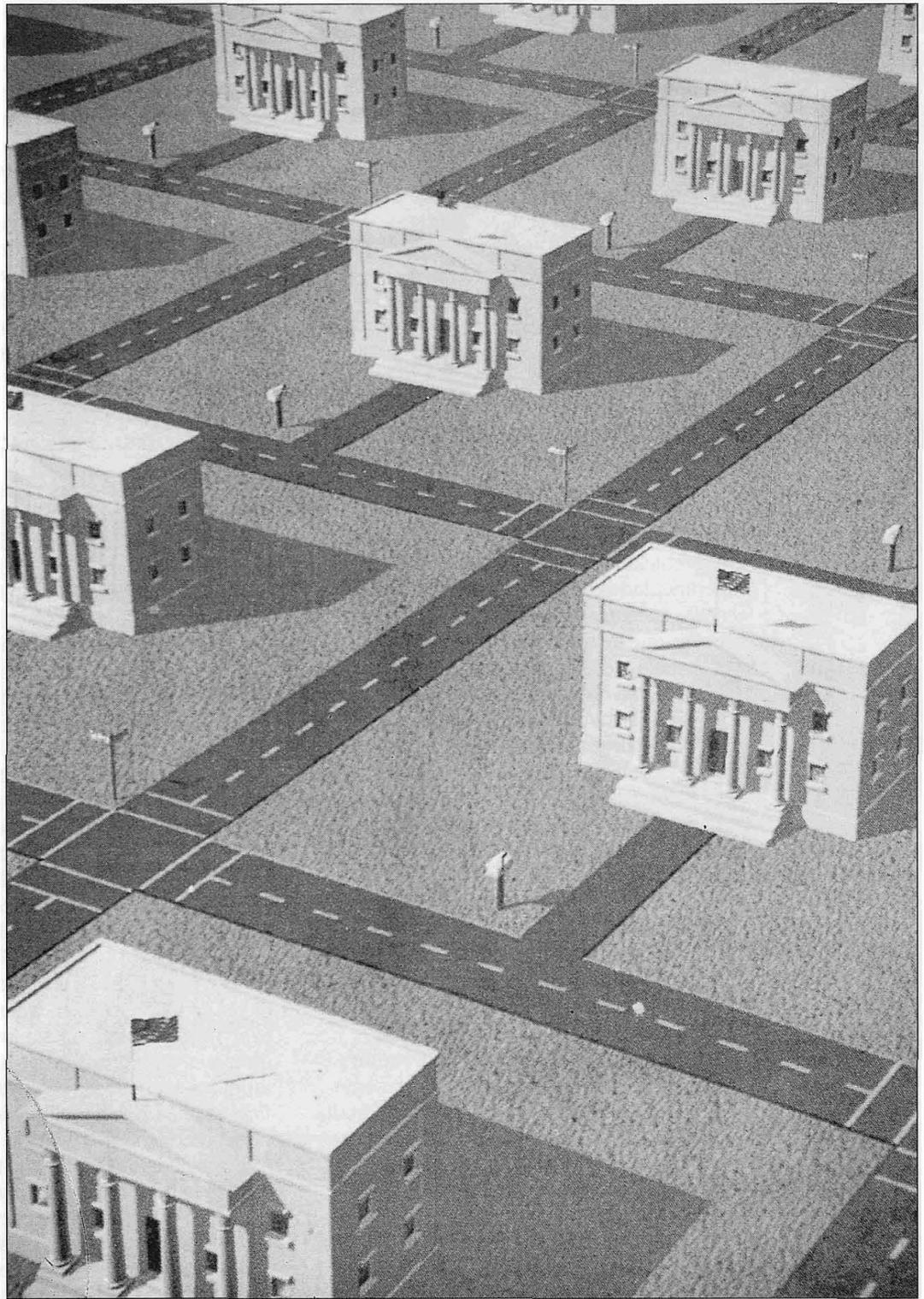
filósofos», cuyos más destacados representantes han sido más arriba señalados. Una arquitectura basada en la negación de ciertas dualidades clásicas, como son las relaciones entre interior y exterior, abierto y cerrado, público y privado, y donde se va a poner en tela de juicio valores tan asumidos en la historia de la arquitectura como el concepto de «orden», de «orientación» o de «lugar».

En similares términos podríamos hablar de otras manifestaciones culturales, como la pintura, el cine o la TV. Los principios más genuinamente «modernistas», como son la absorción del arte por sí mismo y el deseo por la absoluta originalidad, que convirtió al producto modernista casi en el signo de sí mismo, se irá perdiendo en favor de un proceso de cambio cada vez más caracterizado por la «diversidad», proceso que va a generar una multiplicación de normas, de estilos y de métodos en la ejecución de la obra de arte. Uno de los resultados más caracterizadores será el creciente dominio de la «reproducción» sobre la «producción», aspecto que BAUDRILLARD (1981), discutirá profusamente, afirmando que los términos «original» y «copia», han sido ya superados por los de «código» y «reproducción» y sosteniendo que el «código» ha elevado a la «simulación» a una importancia sin precedentes en la vida social. El trabajo del artista norteamericano Robert Rauschenberg, por ejemplo, mostrará muy claramente cómo mediante la utilización de los avances tecnológicos, los sistemas de «reproducción», pueden llegar a transformar el arte actual, no sólo para socavar los principios más firmes del «modernismo», sino para plantear algunas cuestiones fundamentales sobre la originalidad y la autenticidad de la obra de arte.

Otro fenómeno de gran significación en este mismo universo, es el relacionado con el mundo de la imagen animada, es decir, el cine, el vídeo y TV, y su relación con el lenguaje de los signos. En el campo, por

(1) La «deconstrucción», fue recogida por los más importantes movimientos intelectuales en Francia y los Estados Unidos y reconocida como una de las más sugerentes tendencias post-fenomenológicas y post-estructuralistas. En la historia de la deconstrucción contemporánea, Jacques Derrida es la figura más destacada, estableciendo una profusa discusión sobre este concepto

en 1967 a través de sus ensayos «Of grammatology», «Speech and Phenomena» y «Writing and Difference». La interpretación arquitectónica de la «deconstrucción», el «deconstructivismo», es un movimiento más reciente, que ha tendido puentes teóricos y conceptuales con aquel, abriendo nuevas líneas de investigación en relación con el espacio arquitectónico.



Recreación por ordenador sobre la horizontalidad y la homogenización del espacio. «Boston Globe», 1994. Boston, MASS.

ejemplo, del vídeo experimental, se podría comprobar como en términos derridianos, «texto» y «contexto» pueden quedar absolutamente confundidos, o cómo, la conocida frase del maestro francés «Il n'y a pas dehors-texte», puede ser, a través de este lenguaje, fácilmente identificada. Una forma de expresión, probablemente la más novedosa y cambiante, donde la relación entre la obra y el espectador se hace enormemente flexible y acomodable, y donde las imágenes y el sonido, en un juego de casuales situaciones, pueden variar arrítmicamente en relación con el espacio y con el tiempo. Algo «... que ya no produce obras monumentales,.... sino incesantes readaptaciones de fragmentos de textos preexistentes, de pedazos contruidos con antiguas producciones sociales y culturales, en algún nuevo y realizado bricolaje», que dirá JAMESON (1984).

Más compleja se hace, sin embargo, una interpretación sobre los cambios experimentados en el mundo del cine, y no es sencillo encontrar fáciles coincidencias, entre aquellos que de una forma u otra se han aproximado a este fenómeno tan característico de la sociedad contemporánea. HARVEY (1990), como en toda su obra más reciente, enfocará el problema desde las relaciones espacio-tiempo, destacando, por tanto, aquellas obras que se desarrollan a partir de este concreto paradigma. DENZIN (1988) subrayará aquellos ejemplos que expresan con más claridad las tensiones y contradicciones de nuestro tiempo, aquellos que despiertan los deseos y los temores que exponen los límites de lo real y lo irreal de cada día.

Una cierta confluencia de criterios si puede haber entre los que comparten que hoy en el cine más representativo se exponen con mucha frecuencia dos tópicos: a) la ruptura de las barreras entre el pasado y el presente (mostrada normalmente a través de la parodia y el pastiche), que sitúa al espectador en un perpetuo presente, y b) la muestra de «lo impresentable» (imágenes en relación con el sexo, la violencia,...) que pretende mostrar la quiebra de la separación entre la vida pública y la vida privada (SARUP, 1993).

Por tanto, son múltiples las manifestaciones de este proceso de cambios y como se puede comprobar, cada uno de ellos

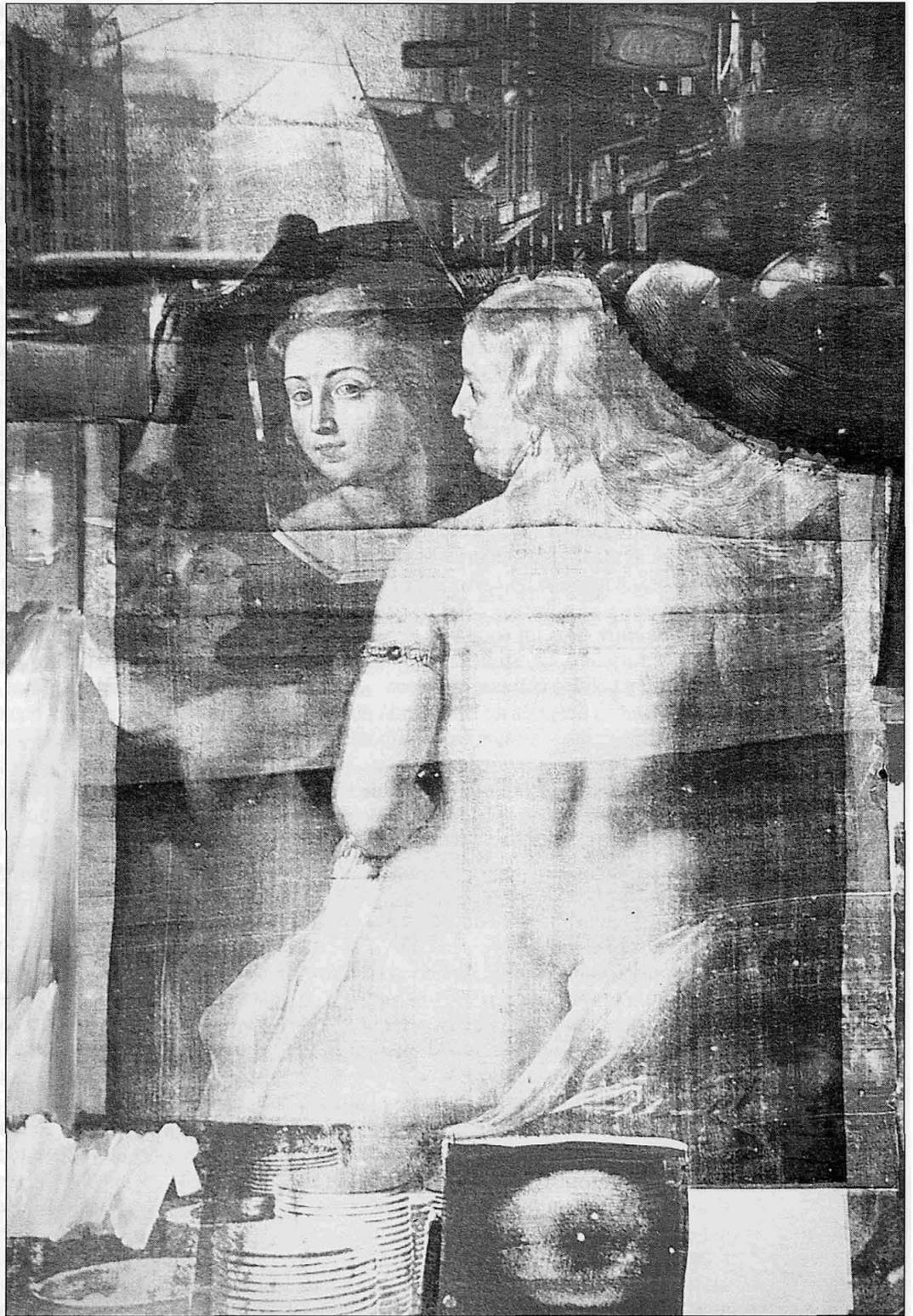
puede ser analizado desde diferentes perspectivas. Sin duda alguna, cada aspecto necesitaría un ámbito propio de discusión para ser correctamente abordado. La exposición precedente ha sido sólo referencial, o si se quiere, contextual, puesto que nuestro objeto de reflexión es el espacio; el espacio y su problemática específica. La hipótesis de que éste, como tal manifestación social, no actúa aisladamente, sino que se inscribe en un proceso más general, es lo que justifica esta introducción. Veamos ahora las interpretaciones de estos cambios en el marco más específico de los procesos económicos.

2. LAS VARIACIONES EN EL MODELO ECONÓMICO

Al margen de que las variaciones entre el ámbito de la economía y las transformaciones del espacio (y en concreto del espacio urbano) en un período concreto no puedan ser definidas con sencillez, al margen de que se pueda estar o no exactamente de acuerdo con el comienzo y el final de cada período económicamente significativo, y al margen de la personalidad (técnica, científica, pública,...) con que cada período se quiera significar, que existe un cierto material que permite plantear algunas hipótesis de aproximación al comportamiento espacial en relación con los cambios experimentados en el campo de la economía en las últimas décadas.

Algunos expertos suelen denominar «fordismo» al período histórico que comienza con el despegue y el desarrollo del sector industrial y las nuevas relaciones de clase que en torno al mismo se generan, identificando dicho período con el crecimiento económico experimentado en los Estados Unidos, y en otros países, a partir de los sistemas de fabricación en masa (*automated car-assembly line*) establecidos por el industrial norteamericano Henry Ford. Dicho período se iría consolidando como tal a medida que avanza la presente centuria y sufriría su ocaso definitivo con el inicio de la crisis de los setenta, siendo su etapa más representativa y específicamente «fordista», las décadas de los cincuenta y de los sesenta.

El modelo, cuyo origen se sustenta en la puesta en práctica de los postulados



«Venus at her toilet». Robert Rauschenberg.

difundidos por F.W. Taylor en «The principles of scientific management», vendría definido por una serie de objetivos que se podrían resumir sintéticamente en los siguientes puntos:

a) pleno empleo, *b)* incremento progresivo de los salarios, *c)* clima sindical favorable, *d)* producción en cadena (especialización laboral) y en masa (máximo del espectro social), *e)* control espacial del proceso de producción, y *f)* coordinación global del proceso a nivel estatal.

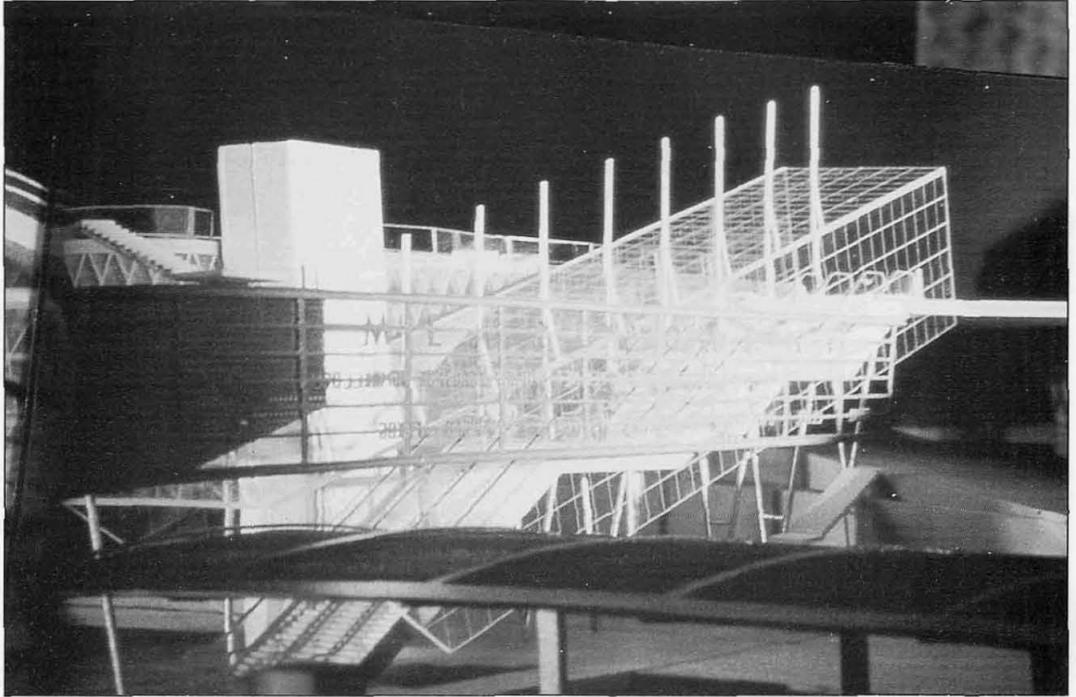
Por encima de la discusión que se pueda establecer sobre el exceso de protagonismo dado al industrial norteamericano en la definición económica de dicho periodo histórico, sí es importante destacar la influencia social y cultural del modelo económico así establecido, sobre las generaciones de posguerra y su repercusión en el desarrollo de muchas regiones del Midwest norteamericano, del centro de Europa y del Japón, así como el esfuerzo hecho por las grandes empresas industriales, los trabajadores y los diversos Estados para mantener entre ellos un equilibrio de poder estable y duradero. La situación de liderazgo económico y político con que se coloca Estados Unidos después de la segunda guerra mundial, le permite en unos casos imponer el modelo a los países que quedan bajo su tutela, y en otros, irlo exportando en función de las variaciones de su estrategia política y económica y de sus propios intereses.

Una vez superada la fase de posguerra, el modelo permitió un incremento del grado de desarrollo hasta entonces sin precedentes, a partir del cual el «fordismo» comenzó a mostrar ciertas debilidades, que en palabras del geógrafo DAVID HARVEY (1990), se podrían resumir con una palabra: rigidez. «Había problemas de rigidez en las inversiones de capital fijo, en los sistemas de producción de masas a largo plazo y a gran escala...». «Había problemas de rigidez en el mercado de trabajo, en la asignación del trabajo y en los contratos de trabajo», por tanto, «El único instrumento de respuesta flexible descansó en la política monetaria, en la capacidad para imprimir moneda al nivel que fuera necesario para conservar la economía estable. Y así comenzó la ola inflacionaria que fue finalmente hundiendo el boom de posguerra».

El autor hablará de un auténtico proceso de reestructuración económica, durante las siguientes décadas de los setenta y de los ochenta, y de un reajuste permanente en el campo político y social. De un proceso de cambios que vendría definido por un nuevo «régimen de acumulación», junto a un diferente sistema de «regulación» política y social. Harvey, definirá este modelo como de «acumulación flexible», es decir, la necesidad de superar las rigideces del «fordismo» mediante un nuevo proceso de flexibilización de la economía, es decir, flexibilidad respecto a los procesos de trabajo, flexibilidad respecto al mercado de trabajo y respecto a los productos, y flexibilidad respecto a los modelos de consumo. Lo que llevará consigo la creación de nuevos sectores de producción, nuevas formas de provisión de los servicios financieros, nuevos mercados, y sobre todo, la intensificación del grado de innovación en el ámbito comercial, tecnológico y organizacional. «El trabajo se retribuía mal por la competencia de los nuevos focos de acumulación flexible en regiones sin previas tradiciones industriales, y por la introducción en los centros más antiguos, de aquellas normas y prácticas más regresivas que eran establecidas en esas nuevas áreas. La «acumulación flexible» parecía implicar niveles relativamente altos de desempleo estructural, rápida destrucción y reconstrucción de nuevos oficios, modestas ganancias en el salario real y pérdida de poder de los sindicatos.»

En una elaboración paralela, el sociólogo CASTELLS (1989), que hablará más de «keynesianismo» que de «fordismo» para definir el modelo económico previo a la crisis de los setenta, señalará tres dimensiones fundamentales del proceso de reestructuración que dió nacimiento a un «nuevo modelo de capitalismo», como distinto del modelo «keynesiano» que actuó desde 1945 hasta 1975: *a)* la dominación del trabajo por el capital, *b)* la intervención del Estado en la economía y en la sociedad con funciones de dominación-acumulación, y *c)* la internacionalización del sistema capitalista para formar una unidad mundial interdependiente, trabajando en tiempo real.

Esto significaba, según Castells, tres cosas importantes. En primer lugar, que estos



El «deconstructivismo», una de las tendencias arquitectónicas en progresión, se basará en la negación de ciertas dualidades clásicas como son la relación «interior-exterior», «abierto-cerrado», «público-privado», pervirtiendo valores tan asumidos en la historia de la arquitectura como el concepto de «orden», «orientación» o «lugar».



Una imagen del cementerio de Arlington en Washington D.C. en 1995.

procesos de reestructuración, llevaban a una involución de las relaciones históricas de poder entre trabajo y capital, y por tanto a la negación del pacto social logrado en la fase anterior, y que dió lugar al modelo keynesiano-fordista. En segundo lugar, que el Estado iba a priorizar más la «dominación» que la «legitimación» en sus relaciones con la sociedad y sus formas de intervención estarían más claramente dirigidas a la acumulación de capital. Y en tercer lugar, que la economía, que nunca había abandonado su vocación internacional, iniciaba un proceso gradual de auténtica interpenetración y empezaba ya a funcionar como una sola unidad.

Las consecuencias en todos los ámbitos y ramas del proceso económico fueron inmediatas. De partida habría que decir que bastantes de los rasgos que adopta el nuevo modelo estarán de una u otra manera relacionados con el comportamiento del «empleo». La flexibilización del mercado laboral a quien primero va a afectar es a la formación de nuevas empresas. Empresas de todos los tamaños y regímenes en respuesta a las nuevas demandas y a su adscripción o no al mercado «formal». Esta multiplicación y diversificación empresarial y la «subcontratación», como régimen más acorde con el proceso de flexibilización, tendrá diversos efectos en la estructura general. En primer lugar favorecerá a las grandes empresas puesto que permitirá encajar con mayor fluidez las fluctuaciones del mercado. En segundo lugar, facilitará la entrada de las minorías en el mercado de trabajo. Y en tercer lugar, aproximará las fórmulas de contratación entre el capitalismo avanzado y el del tercer mundo. Ello no obsta para que paralelamente se agudice el proceso de monopolización (concentración en pocas unidades) de las grandes empresas que es perfectamente observable en el caso norteamericano a partir de 1977.

Pero más significativo será todavía el desarrollo de la tecnología informacional, una de las piezas clave para la comprensión del nuevo modelo y que Manuel Castells utilizará para definir económicamente esta periodo como «The informational mode of development». Proceso de desarrollo informacional, que tendrá una doble

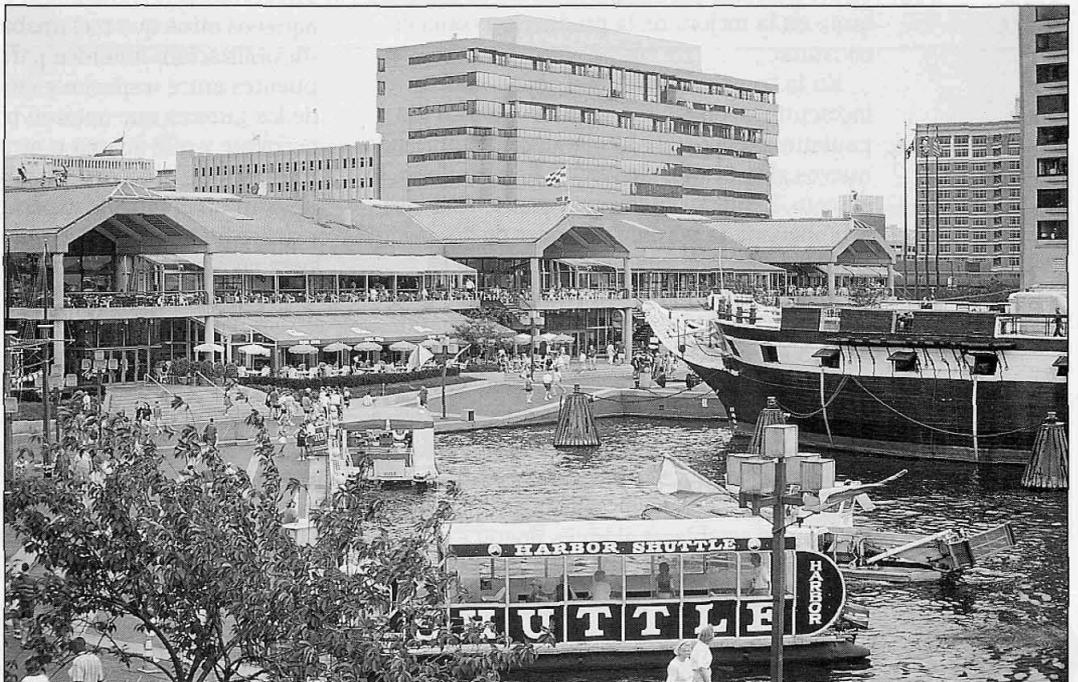
consecuencia en el comportamiento del modelo descrito y que va a desencadenar a la vez procesos de centralización y descentralización económica.

Generará centralización, desde el momento en que la actualización y la precisión de la información comienza a ser una valiosa mercancía. El control y el acceso a una información centralizada con capacidad para el análisis instantáneo de los datos, ha llegado a ser esencial en el proceso de expansión de las grandes empresas. La capacidad para dar respuesta inmediata a las fluctuaciones financieras, las modas, los gustos, y los movimientos de los competidores, son comportamientos habituales que las empresas tienen que desarrollar con la consolidación del nuevo modelo. Como también el desarrollo informacional ligado al mundo de las finanzas, ya que la completa reorganización del sistema financiero global a través de estos nuevos mecanismos, estimula la formación de grandes conglomerados con la consiguiente concentración del poder. Sin embargo, se generan procesos de descentralización, a través de la creación de nuevos instrumentos de producción y de consumo, de la apertura de nuevos mercados, y de los efectos de difusión que dichos fenómenos desencadenan.

En la tesis de Harvey, la discusión terminará centrándose en torno a las relaciones que se establecen entre aquellos fenómenos y el parámetro «tiempo-espacio» como clave explicativa. Harvey defenderá que en los procesos de «sobrecumulación», que caracterizan a las crisis económicas, se produce una «compresión» en la relación tiempo-espacio que tiene como consecuencia cambios profundos en el comportamiento social, en el sistema de valores, y, por tanto, también en la política y, en general, en las manifestaciones culturales. Como ocurriera durante las convulsiones sociales de mediados del diecinueve y de principios del veinte, el periodo actual estaría pasando por una fase de «sobrecumulación», que se traduce entre otras cosas, en una reducción del espacio en términos reales. Esto explica también los procesos de «globalización» e «internacionalización» económica cuyos efectos en el espacio urbanos intentaremos analizar más adelante.



Imágen prototípica de la periferia urbana norteamericana. St. Louis. Missouri, en 1995.



El renacimiento de muchos de los centros de las ciudades con frentes de agua ha pasado por una reconsideración de sus bordes a partir de la incorporación de nuevos usos, como los comerciales, los hoteleros o los de ocio y «entertainment» así como la mejora del diseño del espacio urbano en las zonas de la ciudad en contacto con el agua. Vista del Puerto de Baltimore en 1995.

Dentro de este proceso tan abierto y multiforme, de expansión e internacionalización de la economía, de flexibilización y diversificación de los mercados y de centralización y descentralización de la actividad financiera y de la información, el papel del Estado tiene que ser doblemente activo y vigilante, ya que tiene que regular la actividad económica global, y en concreto, la actividad de las empresas, al tiempo que tiene que procurar un clima favorable para hacerlas competitivas. Y ésto al margen de la ideología que tenga que prevalecer en cada momento y en cada situación.

En este estado general de cosas, que muchos han querido ver como el fin de la fase «fordista» y un cambio de modelo económico hacia el post-industrialismo, lo que sí ha probado el capitalismo, es su capacidad para adaptarse a los diversos cambios y comportamientos sociales, ya que el sistema ha podido organizarse igualmente bajo las reglas del llamado «fordismo» que bajo la dispersión, la movilidad y el mercado flexible, tanto en la mejora de la producción como del consumo.

En la transición, algunos de los valores indiscutibles en la fase anterior, habrán ido paulatinamente transformándose, adquiriendo nuevos significados: lo nuevo, lo transitorio, lo efímero, lo fugitivo y lo contingente, viéndose acompañada la pérdida de poder de los trabajadores, por una tendencia hacia el individualismo e impidiéndoles escapar a ese fenómeno social, el «entrepreneurialism» (2), que no sólo ha calado en el mundo de la empresa, sino que se ha establecido en el ámbito de la política, de la investigación, en el mundo académico, literario, artístico, etc....

Desde este proceso de cambios y en concreto de las relaciones económicas, podríamos establecer algunos puentes con el comportamiento espacial. El espacio, y de

modo particular, el espacio urbano, como en cierto modo ya se ha apuntado, no puede ser ajeno ni indiferente a la evolución de dichos procesos, ni puede ser definido como una variable absolutamente independiente a los procesos descritos. Veamos un posible camino.

3. EL ESPACIO Y EL ESPACIO URBANO

Ni por la dimensión, ni por los objetivos de esta sintética reflexión, sería el presente texto un lugar adecuado para establecer un análisis arqueológico de la génesis y el desarrollo de las diversas corrientes que se ocupan del espacio contemporáneo. Si parece procedente, por el contrario, intentar ubicar esta discusión en la línea argumental al principio planteada.

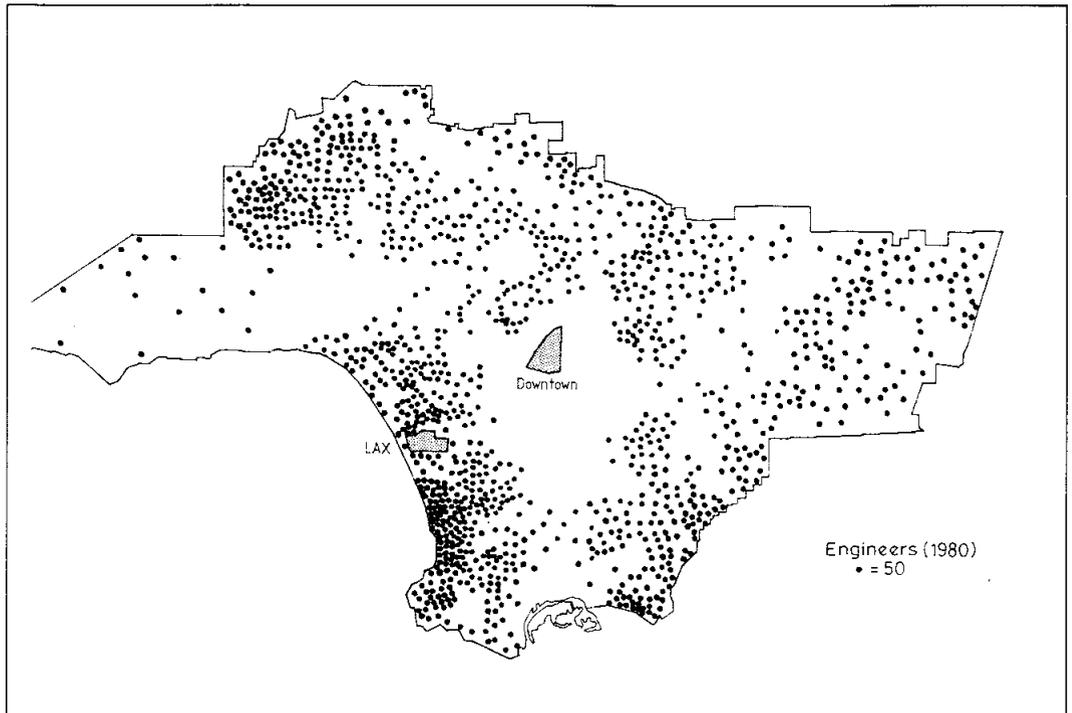
Es conocida la división que dentro del estructuralismo se produjo entre aquellos que mantenían una mayor «pureza» en la aplicación de sus principios básicos y por tanto un mayor distanciamiento con la problemática espacial (aspecto que el primer estructuralismo no admitía como esencial), y aquellos otros que reclamaban una mayor «flexibilización» analítica para poder establecer puentes entre «espacio» y «sociedad». Algunos de los autores que optaron por esta segunda corriente y que de una u otra forma han intentado establecer esos puntos de conexión, abrirán un campo de experimentación extraordinariamente fecundo y de gran interés para geógrafos, urbanistas, arquitectos, etc... (3).

Un paradigma central parece terminar decantándose como especialmente significativo entre los analistas que participaron de esta segunda tendencia, digamos, crítica, que es el que se concreta sobre las relaciones «tiempo-espacio», y específicamente sobre la variable espacial, como pieza fundamental de la estructura del pensamiento contemporáneo.

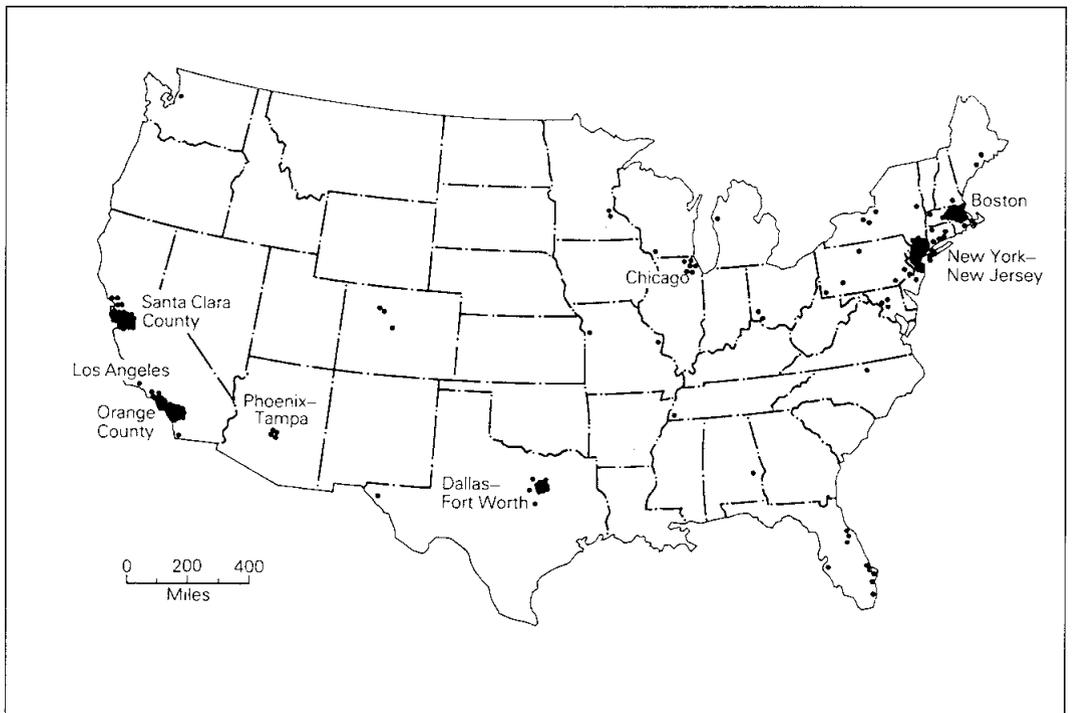
(2) El término *entrepreneurialism* viene de *entrepreneurial* que hace referencia a lo «empresarial», o lo relativo a la «empresa». *Entrepreneurialism* como también *gentrification* intentan englobar en un solo término ese fenómeno de creciente identificación con lo selecto, con lo exclusivo, y con aquello que otorga distinción social mediante la posesión y las apariencias.

(3) Algunos autores como F. Jameson, D. Harvey, E. Soja..., pueden ser considerados como representantes de una corriente de pensamiento que defiende que la superación de los análisis

sociológicos clásicos a partir del estudio de las relaciones entre la variante social y la variante espacial en función del paradigma tiempo/espacio, abre todo un campo de experimentación muy fecundo para la comprensión del comportamiento del espacio contemporáneo. Dichos autores establecerán un paralelismo entre el pensamiento filosófico (estructuralismo), los aspectos socio-culturales (modernismo), y el modelo económico, que prefieren denominar «fordismo».



Localización residencial de los ingenieros en el Condado de Los Angeles (1980).



Distribución geográfica de establecimientos relacionados con la economía informacional en Estados Unidos en 1982.

Otro sería el concepto de «reestructuración» en su sentido más amplio y que hace referencia a cambios hacia un significativo y diferente orden en la configuración de la vida social, económica y política, y en ese estado permanentemente inestable entre lo viejo y lo nuevo, entre lo inherente y lo proyectado, en un proceso que otros han querido definir de forma más gráfica como de «destrucción creativa» (BERMAN, 1982).

Dos voces de indudable autoridad, podrían proporcionarnos una primera aproximación: Henri Lefebvre y Michel Foucault.

En general parece aceptarse la figura de Henri Lefebvre como el más significativo representante de la corriente indicada y como el más específicamente comprometido con el problema del espacio; a través de toda su obra, pero especialmente en su ensayo fundamental «La producción del espacio» publicado en 1978.

El analista SOJA (1989), ha propuesto una relectura de la obra de Lefebvre en función de una serie de tópicos que estaban ya latentes en sus primeros trabajos y que son específicamente tratados en «La producción del espacio». El dilema entre lo «repetitivo» y lo «diferencial» y sus consecuencias en la «homogenización» del espacio, serán, según Soja, uno de los caballos de batalla de Lefebvre desde sus comienzos:

«La verdadera supervivencia del capitalismo, argüía Lefebvre, fué construida sobre la creación de una crecientemente abrazante, instrumentalizante y socialmente mixtificada espacialidad, escondida de la visión crítica bajos gruesos velos de ilusión e ideología. Lo que distinguió el gracioso velo espacial del capitalismo de las espacialidades de otros modos de producción fué su peculiar producción y reproducción de un desarrollo geográficamente desigual via tendencias simultáneas hacia la homogenización, la fragmentación y la jerarquización».

Con lo cual Lefebvre, acentuaba, en primer lugar, el rol fundamental del espacio respecto a otras variables en el análisis social contemporáneo, y por tanto, en la necesidad de profundizar sobre su comportamiento y sus vinculaciones con otras de carácter social. En segundo lugar, en la «mixtificación» como una condición propia de «lo contemporáneo». Y en

tercer lugar, las tres fundamentales tendencias que generan esa percepción mixtificada del espacio: «homogenización», «fragmentación» y «jerarquización».

Lefebvre insistirá, según la exposición de Soja, sobre todo en las dos primeras tendencias y destacará la importancia que en la sociedad contemporánea adquieren las relaciones entre el poder y el espacio y como a partir del período iluminista, la «homogenización» espacial se convierte en uno de sus principales instrumentos para la conquista del espacio. La «fragmentación» espacial será el requisito fundamental para llevar a cabo la tan anhelada homogenización.

La siguiente visión que queremos introducir, es la de Michel Foucault en su conocido ensayo «Los espacios otros», escrito en 1967, pero no publicado hasta 1984.

La vibrante exposición que el filósofo francés hará en torno al concepto de «heterotopía», que él mismo introduce por primera vez en este texto, se hace extraordinariamente expresiva como medio de transmisión de la compleja realidad del espacio de nuestro tiempo, incluso podríamos decir, de la riqueza espacial que conlleva esta compleja y contradictoria realidad.

Foucault empezará hablando de la variable «tiempo» (una de sus más claras obsesiones) y de la necesidad de explicarnos el «espacio» a partir de la intersección entre estas dos fundamentales realidades. «...es necesario advertir, que el espacio que hoy parece formar el horizonte de nuestro interés, nuestra teoría, nuestros sistemas, no es una innovación; el espacio mismo tiene una historia en la experiencia occidental y no es posible desvincularlo de la fatal intersección entre tiempo y espacio». En este contexto, dirá, «La presente época será, sobre todo, la época del espacio. Nosotros estamos en una época de simultaneidad, nosotros estamos en una época de yuxtaposición, la época de lo cerca y de lo lejos, de lo junto, de lo disperso».

Para ilustrarlo, Foucault introducirá el concepto de «heterotopía» como un medio a través del cual nos querrá mostrar la compleja trama de relaciones entre espacios, lugares y sitios, en un proceso que, a veces coherente, a veces contradictorio, ha ido configurando, a través del tiempo, el espacio contemporáneo

tal y como hoy lo percibimos. La «heterotopía» tendría de sustancial que siempre se relaciona con todos los demás espacios y al contrario del soñado (la utopía), este un espacio real, que podemos encontrar materializado en sus múltiples variedades, en nuestra realidad actual o pasada. Modalidades de «heterotopía» pueden haberse dado en relación con las crisis o las desviaciones humanas, con la cambiante función de un espacio a través del tiempo, por la yuxtaposición de espacios incompatibles, cuando se rompe con el concepto tradicional de tiempo, o en espacios muy íntimos o ritualizados. En cualquier caso, un espacio «...tan perfecto, tan meticuloso, tan bien acomodado como el nuestro es de desordenado, mal construido y desarticulado».

Como en el caso de Lefebvre, «mixtificación», «fragmentación», «yuxtaposición», surgirán como expresiones más acordes con la realidad del espacio de nuestros días.

Veamos ahora, como el interés por encontrar elementos de conexión entre la sociedad y el espacio, mediante la construcción de escenarios más o menos abstractos como los mostrados hasta ahora, puede ser utilizado como vehículo para abrir otros campos de exploración que permitan aproximarse a nuevas formulaciones en relación con el espacio, con el espacio urbano, o si se quiere, con la ciudad.

En esta dirección, el marco de discusión espacio-temporal elaborado por Edward Soja a partir del estudio de las transformaciones urbanas sufridas por las ciudades norteamericanas con el despegue industrial, puede ser útil como referencia genérica.

Según el modelo de Soja (1989), y con las variaciones propias de cada contexto social, político y económico, las tres crisis fundamentales por las que ha pasado el capitalismo, 1830-1850, 1870-1900 y 1920-1945, han activado procesos de «reestructuración», caracterizados por fases de recesión, depresión y convulsiones sociales, que ha tenido consecuencias fundamentales en el orden espacial, iniciándose con todas ellas nuevos procesos de «modernización». En la actualidad, y a partir de 1970, estaríamos inmersos en una fase de «reestructuración», cuya traducción en términos espaciales no es

fácil de describir por la complejidad de la trama de relaciones de diverso tipo que la sustenta.

En este modelo, la ciudad habría pasado por una fase inicial de tipo mercantil de simple aglomeración; una segunda fase, más competitiva y marcadamente industrial, que deforma y desgaja esa pequeña aglomeración inicial en tres partes (industria, residencia para las clases altas y residencia para la clases bajas) y una tercera fase, de clara vocación monopolista, que arranca con el siglo XX y donde se van a dar muchos de los procesos de configuración espacial que caracterizan a las ciudades actuales: terciarización del centro e industrialización del suburbio; creciente suburbanización de la residencia de alta clase y redistribución territorial de las bajas clases, y expansión y fragmentación del espacio con pérdida de la continuidad urbana.

La siguiente fase (1945-1970), la más específicamente «fordista» y de creciente incorporación del Estado al proceso de espacialización, estaría caracterizada por un primer periodo de fuerte suburbanización de la residencia (clase media y alta), de la industria, y ahora, incluso, de las empresas, que se ve reforzada por la mejora de las infraestructuras (tráfico privado, básicamente) por parte del Estado, y un proceso acelerado de crisis de rol de los centros tradicionales, que se van quedando solamente con las antiguas industrias, algunos comercios y hoteles, las sedes principales de las empresas y viejos residuos residenciales. Y un segundo periodo, en que el Estado, por un lado apoya la suburbanización, con la mejora de las infraestructuras, y por otro, intenta reflatar los deteriorados centros mediante la aplicación de los famosos *urban renewal*, y otros estímulos para el mantenimiento de las empresas. Política cuya traducción urbana generará duros sentimientos de protesta entre grandes sectores de la población residente.

A partir del final de esta fase y del comienzo de la siguiente (en la cual nos encontramos), los diversos aspectos que parecen intervenir en los procesos de espacialización, se harán más y más complejos y difíciles de establecer en función de un sola referencia. Propongamos un posible cuadro genérico a

partir del referido ensayo de SOJA (1989), las hipótesis sobre la ciudad «informativa» de CASTELLS (1989) y el citado de HARVEY (1990), persiguiendo, más la complementariedad que la coincidencia y teniendo en cuenta que las hipótesis son planteadas básicamente a partir de los datos que proporciona la experiencia norteamericana.

En función de las diferentes hipótesis, tres procesos complementarios, intentarían dar una imagen más globalizadora de los fenómenos en curso.

1. Procesos de maduración de los modelos espaciales heredados

Los procesos descritos anteriormente y referidos a la fase «fordista», son mantenidos, e incluso robustecidos, desarrollándose una doble tendencia al tiempo a la «centralización» y a la «descentralización» espacial.

Castells ha expuesto detalladamente como la «informatización» de la economía, que muchos vaticinaban como el fin de la ciudad por las repercusiones espaciales que debería tener la superación de las barreras físicas a través de los nuevos sistemas de comunicación, no sólo no ha sufrido esos efectos, sino que ha generado justo los contrarios, el robustecimiento del proceso de metropolitanización que había comenzado cien años antes.

De la observación del nuevo fenómeno, se puede desprender que las repercusiones espaciales no son directas ni inmediatas, sino que devienen muy condicionadas por las tendencias en la evolución de los servicios y por las actividades de información, a través de los cambios en la lógica organizacional de las empresas. Tendencias que pueden ser enunciadas de la siguiente forma:

a) La producción de los servicios se localiza crecientemente en las grandes áreas metropolitanas y dentro de ellas en sus centros financieros y de negocios (básicamente, el *downtown*).

b) Los servicios secundarios de las grandes empresas, así como los de las sedes principales de las empresas menores comienzan un proceso gradual de creciente suburbanización.

c) Mientras que las actividades de «entertainment» han permanecido en los centros tradicionales, los servicios de consumo, han acompañado al proceso de suburbanización seguido por la residencia.

d) Los servicios públicos (básicamente salud y educación) siguen también las pautas descentralizadoras de los residentes, mientras que algunas centrales tienden a mantenerse en sus lugares originales, en el centro de la ciudad.

2. Procesos de mixtificación espacial

Soja ha mostrado como en combinación con los procesos anteriormente descritos, pueden darse también otros de diverso signo, que podemos sintetizar de la siguiente forma:

A. En el nivel regional

a) Un proceso general de «reindustrialización selectiva», basada en las tecnologías de producción avanzadas que privilegia unas regiones respecto a otras, y que va a suponer el florecimiento de unas regiones metropolitanas y el declinar de otras.

b) Un proceso de des-industrialización que lleva consigo el vaciado de zonas, no sólo en el anillo suburbano, sino en algunas pequeñas ciudades y en lugares del interior.

c) Un nuevo tipo de base industrial, cuyos efectos urbanizadores sobre las grandes metropolis no siempre concuerdan con los sistemas tradicionales de localización.

B. En el nivel metropolitano

a) El recentramiento y descentramiento de nuevas nodalidades urbanas.

b) La intensificación de los procesos de suburbanización/metropolitanización, aunque ahora ya no asociados al deterioro de los centros.

c) Un cuidadoso y orquestado renacimiento de los centros al margen de la experiencia sufrida por cada región o cada área metropolitana correspondiente.

d) La formación de nuevas concentraciones dentro de la fábrica metropolitana de aglomeraciones más bien amorfas que algunos

han llamado *outer cities* y que desafían la subdivisión regional clásica de urbano-suburbano-rural, provocando un sinfín de neologismos como *technópolis*, *technoburb*, *urban village*, *metroplex*, *silicon landscape*, etc....

Terminará Soja diciendo, «Esos y otros prevalentes y reestructurantes procesos, han inyectado un peculiar equívoco en el cambiante paisaje geográfico, una combinación de oposiciones que desafía la simple generalización categórica. Nunca antes la espacialidad de la ciudad industrial capitalista o el mosaico del desigual desarrollo regional, ha llegado a ser tan caleidoscópica, tan alejada de las ataduras del siglo XIX, y tan llena de inestables contradicciones».

3. Procesos de simbolización espacial

Procesos de reconfiguración espacial que son observables en el interior de las ciudades y de las metrópolis modernas, y que sólo pueden explicarse a través del poder y del valor simbólico que el espacio adquiere con el desarrollo de la sociedad actual.

David Harvey, ha estudiado alguno de los efectos espaciales de este fenómeno, que podemos resumir en:

a) Procesos de «mercantilización» del espacio que tienen como resultado un repertorio espacial más variable en función de los estímulos y las necesidades de mercado. Una ciudad más «market-oriented» como respuesta a una sociedad en la que el mercado es su lenguaje principal de comunicación.

b) Procesos de recuperación de ciertos valores «urbanos», propios de la ciudad pre-moderna; recuperación de la forma, de la escala, de las relaciones espaciales y de los «tipos» de la ciudad tradicional. Un salto de la *symbolic poverty* de la ciudad modernista a la *symbolic richness* de la ciudad post-modernista, más basadas en la variedad que en la repetitividad. Por tanto recuperación también de la «memoria colectiva» como expresión máxima de un «proceso» que se materializa en el «espacio» y en el «tiempo».

c) Propuestas de un nuevo espacio entendido como «espectáculo», como símbolo de identificación y de poder, como vehículo de atracción y de relación social y económica,

como emblema y como portada, como acogedora escenografía de una sociedad dinámica y competitiva. El espacio del espectáculo es un espacio de brillo y de placer transitorio, de exposición y de «jouissance», de compra y de venta, mientras se vaga por el reino de lo efímero.

d) Finalmente, procesos de re-creación espacial basados en la exploración de la forma pura, en consonancia con otras muchas ramas de la práctica y del pensamiento contemporáneos. Una de sus expresiones, el «deconstructivismo», supondría el tratamiento del espacio arquitectónico desde las concepciones más abstractas y desvinculadas de sus compromisos funcionales, para conectar con otros tópicos ya señalados, como lo fragmentario, lo efímero, lo caótico, etc.

Estos procesos urbanos de clara tendencia a la simbolización, tendrán dos consecuencias inmediatas, una teórica y otra práctica:

En primer lugar, la voluntad de construir una teoría del espacio (por tanto, de la ciudad, de la arquitectura, etc), como algo independiente y autónomo, desvinculándola de otras ciencias o disciplinas como las ciencias sociales, la economía, la geografía, etcétera.

En segundo lugar, la visión de la ciudad como algo complejo, variado y rico en sus contradicciones, como una suma de partes no necesariamente integradas en una sola unidad y por tanto la consideración del planeamiento urbanístico «compreensivo» como algo complejo y difícil, teniéndose necesariamente que actuar por ello, a partir de la previa subdivisión de territorio en unidades menores y físicamente más abarcables.

4. CONCLUSIONES

Al margen de la cierta tibieza conceptual que puedan mostrar aquellas corrientes de pensamiento que son etiquetadas con el prefijo *post*, pensamos que pueden existir algunas tendencias o coincidencias entre los diversos campos disciplinares aquí sintéticamente abordados, que permiten circunscribir los fenómenos y los cambios señalados en un cuadro más general. Sin pretender ser exhaustivos ni querer exponer

armaduras conceptuales totalmente cerradas, si creemos que el camino abierto por analistas como David Harvey, Edward Soja, Fredric Jameson, etc. en torno al término «post-modernismo», a partir del corpus teórico elaborado por pensadores de reciente desaparición como Henri Lefebvre y Michel Foucault, está contribuyendo a enriquecer enormemente el debate sobre el espacio y sobre la ciudad contemporánea, al tiempo que estimulando la creación de puentes y plataformas de intercambio disciplinar entre la estructura social y el comportamiento espacial actual.

El cambio de posicionamiento ideológico que ha supuesto la producción teórica de pensadores formados en la escuela estructuralista como Jacques Derrida o Gilles Deleuze respecto a sus predecesores, no sólo ha contribuido a proponer una visión del mundo menos lineal y sistemática (menos positivista, tecnocéntrica y racionalista, decíamos), sino que sobre todo ha sentido la necesidad de incorporar el «espacio» como una variable explicativa de primer orden. El interés por el «espacio» es lo que connotaría toda esta fase tardo-moderna respecto al período anterior, período cuya casuística parecía girar casi exclusivamente en torno al parámetro «tiempo». «Tiempo» (historia) y «espacio» (geografía) serían, según esta visión, los dos pilares fundamentales sobre los que se va a sustentar la compleja trama de relaciones que caracteriza a la sociedad contemporánea.

A través de las diversas manifestaciones con las que la sociedad aflora y se define; manifestaciones de carácter social, cultural, económico, etc. estos autores defenderán que a partir de ciertas lecturas, no necesariamente paralelas ni siempre coincidentes, se podrían predibujar cuadros generales y proponer algunos tópicos que mostrarían escenarios diferentes entre una fase específicamente «modernista» y otra «post-modernista».

Un primer cuadro, puntualmente matizado según autores, que sería aquel que mostraría una inflexión a partir de la década de los setenta entre el estructuralismo y el post-estructuralismo, en el campo de la filosofía, entre el industrialismo (fordismo) y el post-industrialismo, en el campo de la economía, y entre el modernismo y el post-modernismo, en

el campo de la cultura (por tanto también de la arquitectura, del urbanismo, etc), permitiría establecer algunos puentes entre unos aspectos y otros y también permitiría evidenciar ciertos paralelismos que girarían en torno a conceptos como diversidad, fragmentación, diferencia, flexibilidad, apariencia, horizontalidad, transparencia, subjetividad, discontinuidad, simulación, azar, caos, etc...

Una tendencia significativa que se experimenta, por ejemplo, en el campo de la cultura y en concreto en el mundo del arte, sería aquella que se va a decantar en torno a la pérdida de valor de lo «original». Lo «original», uno de los valores más asumidos por la cultura modernista, iría consecuentemente perdiendo entidad en favor de un proceso de cambios cada vez más caracterizados por la «diversidad». Diversidad que se materializa en la multiplicación de normas, de estilos, y de métodos en la ejecución de la obra de arte. Jameson, concretamente, hablará de una inclinación a ir desplazando la obra monumental, tan propia de la cultura moderna, por la readaptación de viejos fragmentos, de pedazos de antiguas y nuevas producciones sociales y culturales. Fenómenos que serán más patentes en los lenguajes más vivos y más cambiantes, como son el cine, el video y la TV.

En el campo específico de la arquitectura, y en una de sus versiones más actuales, el «deconstructivismo», dualidades conceptuales clásicas como forma/función, público/privado, abierto/cerrado, etc. serán puestas en entredicho, cuando no frontalmente denunciadas y pervertidas, al igual que aquellos otros tópicos promovidos por el Movimiento Moderno como racionalización, zonificación, o estandarización, llegando incluso a fracturar valores tan asumidos por la historia de la arquitectura como han sido el concepto de «orden» de «orientación» o de «lugar».

En el campo de la economía, David Harvey propone una fecunda y sugestiva interpretación de estos cambios en base a lo que ha denominado los procesos de «acumulación flexible». Procesos que Harvey define como un nuevo régimen económico en oposición al modelo anterior que el autor

prefiere denominar «fordista». Según la tesis de Harvey, a partir de la crisis de los setenta se irán debilitando y definitivamente fracturando las bases de acuerdo entre capital, trabajo y Estado y que dieron lugar a la consolidación de dicho modelo.

Debilitamiento que vendrá a tener múltiples repercusiones y derivaciones en diversos aspectos de la economía pero que podría ser resumido y expresado con una sola palabra: esta sería «rigidez». Según el autor, la rigidez comenzaba a ser insuperable en temas tan fundamentales como el mercado de trabajo, la asignación de trabajo y los contratos de trabajo.

Harvey hablará de una auténtico proceso de reestructuración económica y de un reajuste permanente en el campo político y social dominado por una gradual flexibilización en todos los campos de la producción: es decir, en los procesos de trabajo, en el mercado de trabajo, en los productos y en los modelos de consumo. Como también en la apertura de nuevos mercados, en la desaparición de otros y en general en la aceleración de un proceso de creciente globalización e internacionalización de la economía.

Pero la «condición post-moderna», tendría que ser leída también desde otras instancias igualmente significativas. Instancias que aluden no solamente a las relaciones económicas sino también a las relaciones sociales: un cambio de valores que se va a mostrar a través de una mayor tendencia hacia lo nuevo, lo transitorio, lo efímero y lo contingente. Una tendencia hacia el ser individual y a lo *entrepreneurial* como algo que se intercala en todos los sectores y escalas de la sociedad.

En este contexto, es decir, en el ámbito de estas transformaciones y cambios que en muchos casos afectan a la esencia de las cosas, el «espacio» también puede ser entendido como una variable dependiente y vinculada a aquellos fenómenos.

El marco general establecido por Henri Lefebvre en «La producción del espacio», supondrá la apertura de un amplio campo de experimentación en relación con esta variable y la «sociedad». Lefebvre, que advertirá de la creciente vinculación entre el espacio y el

poder, situará la variable espacial como una pieza fundamental para una explicación más ajustada del desarrollo capitalista en esta última fase, observando, dentro de este contexto, algunas nuevas tendencias entre de las cuales la «mixtificación» se irá confirmando como una condición propia de ambos, espacio y sociedad, así como la de un desarrollo desigual caracterizado por procesos simultáneos de «homogenización», «fragmentación» y «jerarquización».

En la misma línea que había que situar a Michel Foucault en su corto pero vibrante ensayo «Los espacios otros» a partir del concepto de «heterotopía». La «heterotopía» como el medio a través del cual el autor nos querrá mostrar la compleja trama de relaciones entre espacio, lugares y sitios, en un proceso que, a veces coherente, a veces contradictorio, habría ido configurando, con el transcurso del tiempo, el espacio contemporáneo, tal y como hoy lo percibimos.

El espacio, y en concreto el espacio urbano contemporáneo será mostrado también a través de una multiplicidad de procesos, en unos casos paralelos y en otros contrapuestos, con que el mismo es descrito en los análisis más recientes. Ello confirmaría esta más que profética visión mostrada en los ensayos de Lefebvre y Foucault, y que en este texto y un intento de máxima simplificación hemos agrupado en tres grandes bloques diferenciados: a) procesos de maduración de los modelos heredados, b) procesos de mixtificación espacial, y c) procesos de simbolización.

En base a esta clasificación, pertenecerían al primer bloque aquellos modelos que de alguna forma niegan la subordinación del espacio urbano contemporáneo a los cambios en las estrategias del capital, en la organización de las empresas, en la innovación tecnológica y, en general, a lo que Manuel Castells ha llamado la «economía informacional», por lo que a ésta podría suponerse de superación de las barreras espaciales a través del desarrollo de las comunicaciones. Muy al contrario, la reorganización del espacio a partir de las condiciones impuestas por ella, tenderían a consolidar los modelos existentes en relación con los procesos de centralización y

descentralización de los servicios. Las repercusiones espaciales, según el autor, no serían directas, sino que vendrían fuertemente condicionadas por las tendencias en la evolución de los servicios, de las actividades de información y de los cambios en la lógica organizacional de las empresas.

Al segundo bloque pertenecerían aquellos modelos que, a nivel regional, se ven condicionados por procesos de re-industrialización basados en las tecnologías de producción avanzada, y que según las hipótesis del geógrafo Edward Soja, privilegiará unas regiones respecto a otras, generando el vaciado de unas áreas y el llenado de otras, y cuyos efectos urbanizadores no siempre concordarían con los sistemas tradicionales de localización. En el nivel metropolitano, tanto la intensificación de los procesos de suburbanización como el renacimiento de los centros y la formación de nuevas concentraciones dentro de la fábrica metropolitana, generarán un paisaje geográfico extraordinariamente cambiante y desconcertante, además de una combinación de oposiciones que, en palabras de Soja, desafiarían la simple generalización categórica.

Finalmente, al tercer y último bloque pertenecerían aquellos procesos que devienen del poder y del valor simbólico que el espacio adquiere con el desarrollo de la ciudad y la metrópoli contemporánea, y que según el geógrafo David Harvey, se pueden ver confirmados a través de tendencias crecientes hacia la «mercantilización» del espacio, resultando un repertorio espacial más variable en función de los estímulos y las necesidades del mercado, por ejemplo, recuperando ciertos «valores urbanos» propios de la ciudad pre-moderna mediante la re-creación de algunos «tipos urbanos» ya no vigentes. Como también a una ciudad entendida como «espectáculo», en tanto que vehículo de identificación y de poder, mediante operaciones de escenografía urbana que tiene como finalidad mostrar una sociedad más dinámica y competitiva: el espacio del espectáculo sería también el lugar del brillo, de la exposición y del placer transitorio. O aquellos procesos de recreación espacial, basados en la exploración de la forma pura mediante el tratamiento del espacio arquitectónico desde las concepciones más abstractas y desvinculadas de sus compromisos funcionales para sintonizar con aquellos tópicos antes señalados basados en lo fragmentario, lo efímero y lo caótico.

BIBLIOGRAFÍA

- BATAILLE, G. (1988): *Guilty*. Lapis Press. Venecia.
- BAUDRILLARD, J. (1981): *The evil demon of images*. The Power Institute. Sidney.
- BERMAN, M. (1982): *All that is solid melts into air*. Simon and Schuster. Nueva York.
- CASTELLS, M. (1989): *The informational city*. Blackwell. Cambridge (USA) y Oxford (UK).
- DELEUZE, G. (1983): *Nietzsche and philosophy*. Columbia University Press. Nueva York.
- DENZIN, N. (1988): «Blue velvet: postmodern contradictions» en *Theory, Culture and Society* n.º 5.
- DERRIDA, J. (1976): *Of grammatology*. John Hopkins University Press. Baltimore y Londres.
- FOUCAULT, M. (1973): «The order of things: an archaeology of the human sciences». Vintage books. Nueva York.
- FOUCAULT, M. (1986): *The other spaces in Diacritics*. spring.
- HARVEY, D. (1990): *The condition of postmodernity*. Blackwell. Cambridge (USA) y Oxford (UK).
- JACOBS, J. (1992): *The death and life of great American cities*. Vintage Books. Nueva York.
- JAMESON, F. (1994): *Postmodernism, or the cultural logic of late capitalism*. Duke University Press. Durham. North Carolina.
- LECHTE, J. (1994): *Fifty key contemporary thinkers*. Routledge. London y Nueva York.
- LEFEBVRE, H. (1991): *The production of space*. Blakwell. Cambridge (USA) y Oxford (UK).
- SARUP, M. (1993): *Post-structuralism and Postmodernism*. University of Georgia Press. Athens, Georgia.
- SENNET, R. (1971): *The uses of disorder: personal identity and city life*. Allen Lane. London.
- SOJA, E. (1989): *The postmodern geographies*. Verso. London-Nueva York.